

¡Venga tu Reino!

## Ordenación presbiteral de 33 miembros de la Congregación de los Legionarios de Cristo

*Basilica de San Pablo Extramuros, 16 de diciembre de 2017*

*Homilía del Card. Giuseppe Bertello*

*Traducción no oficial del original en italiano*

Queridos ordenandos, queridos hermanos y hermanas:

Quisiera agradecer, en primer lugar, al padre Eduardo por haberme invitado a presidir el rito de la Ordenación Sacerdotal de estos hermanos nuestros. Conocí vuestra congregación hace muchos años, cuando llegué a México como Nuncio Apostólico, y recibí muchos ejemplos de vuestro celo apostólico, de la profundidad de vuestra vida espiritual y de vuestro amor a la Iglesia. Estos momentos me hacen sentir todavía más cercano a vosotros y me obligan a llevaros siempre en mi oración.

Antes de iniciar el rito de la Ordenación, que es ya en sí mismo muy elocuente, la Iglesia nos invita a meditar un momento en la Palabra de Dios que hemos escuchado, y a hacer una reflexión común que nos ayude a vivir con fe este momento de alegría y de gratitud al Señor, acompañando con la oración a estos hermanos nuestros que hoy reciben el Sacramento del Orden. Ellos ya se han consagrado al Señor por la profesión perpetua de los votos de castidad, pobreza y obediencia. Hoy, después de una larga y probada preparación, la Iglesia los llama a ser sus ministros en el sacerdocio.

Este domingo, que la liturgia llama *Gaudete*, y que se encuentra en la mitad del camino de preparación para la Navidad, es el domingo del gozo porque el Señor está por venir a salvarnos. «Estad siempre alegres en el Señor: os lo repito, estad alegres. El Señor está cerca», recita la antífona de entrada, tomando pie de la carta de san Pablo a los filipenses. Este clima de fiesta, por tanto, se inserta muy bien, pues nuestro gozo es el de la Iglesia que ve cómo se enriquece el número de sus ministros, quienes, al provenir de diversos países, nos hacen sentir en comunión con la Iglesia Universal y son el fruto -me atrevería a decir que también son la prueba- de la fecundidad del carisma de vuestra Congregación, llamada a hacer presente el Reino de Cristo en cada parte del mundo y en la cultura. Hace unos días el Papa recordó a los sacerdotes de Bangladesh que *¡sin alegría no se puede servir al Señor!*

Nuestra alegría se transforma después en agradecimiento al Señor, porque Él es el verdadero protagonista de todas las cosas buenas. De Él provienen la vocación y la gracia de la perseverancia. Nuestro pensamiento también se dirige hacia quienes han visto nacer, han sostenido y acompañado la respuesta de estos ordenandos a la llamada del Señor: sus familiares; sus superiores, sus formadores.

La liturgia de la Palabra nos presenta algunas figuras, bastante diversas entre sí, pero que coinciden todas en la proclamación del Reino de Dios. La primera es la figura del profeta Isaías, quien se dirige al pueblo de Israel, esclavo y exiliado en Babilonia, para anunciar un mensaje de esperanza a los enfermos, de liberación a los esclavos y prisioneros, de consolación a los pobres y a los abandonados. Siglos después, en una aldea perdida de Galilea, en Nazareth, Jesús, al inicio de su vida pública, repetirá estas palabras añadiendo un comentario: «*Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír*» (Lc 4, 16-21). Jesús afirma que el Reino de Dios ya ha entrado en la historia y que están admitidos los pobres y los que tienen un corazón contrito. El Papa escribe en la *Evangelii Gaudium* que «*la Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio*» (n. 114).

Queridos ordenandos, dentro de poco el Espíritu del Señor descenderá sobre vosotros, os consagrará con la unción y os hará partícipes, de manera singular, del sacerdocio de Cristo, y actuaréis en su nombre. Con vuestro ministerio estáis llamados a proclamar a todos que Dios no abandona al hombre y, frente a tantos males que afligen a la sociedad, las injusticias, los sufrimientos, llevad con vuestra vida un mensaje de confianza y de fraternidad a los pobres, a aquellos que esperan una palabra de consolación y tienen necesidad de ser defendidos en sus derechos y consolados en sus dolores. Por otro lado, las numerosas obras sociales en favor de las personas más desfavorecidas, que la Congregación ha desarrollado y que tal vez muchos no conocen, son ya una realización de esta página bíblica.

El Evangelio nos presenta a Juan Bautista, que se define a sí mismo como una voz que grita en el desierto, que siente que tiene la tarea de anunciar a Cristo y su Reino a la humanidad. Como dice el evangelista san Juan, él es el testigo que vino para dar testimonio de la luz que estaba por surgir, Jesús. Por supuesto, si esta es la misión de todo discípulo: proclamar al mundo al Señor y su acción, pues es Cristo quien debe crecer mientras el que anuncia debe disminuir (cf. *Jn*, 3,30); lo es tanto más para nosotros los sacerdotes que, como nos enseña el Concilio en la *Presbyterorum Ordinis*: «los sacerdotes tienen, sobre todo, el deber de anunciar a todos el Evangelio de Dios y todos tienen el derecho de buscar en los labios del sacerdote la palabra del Dios viviente». Por tanto, todo vuestro ministerio, queridos ordenandos, estará orientado, estoy seguro, al servicio de la suprema Palabra de Dios, que es Jesucristo y su Evangelio, como un anuncio del amor del Padre y de su Misericordia. Por otro lado, es el compromiso que hoy asumís frente a la Iglesia, respondiendo a la pregunta del obispo ordenante, de cumplir digna y sabiamente el ministerio de la palabra en la predicación del Evangelio.

San Pablo, en su carta a los Hebreos, nos ha dado la tarjeta de identidad del apóstol de Jesús: elegido, tomado de entre los hombres y puesto para intervenir en favor de los hombres en todo aquello que se refiere al servicio de Dios, a fin de ofrecer dones y sacrificios por los pecados. En el origen de toda vocación hay una Voz que llama, que cambia la vida: alguien siente que es acompañado por la presencia del Señor que lo invita desde los primeros años de su vida; otros, en cambio, son invitados a dejar las redes, un oficio, una carrera, para seguir a Jesús en la edad adulta. En todo caso, se trata de una llamada, de una vocación. Dentro de poco, repetiréis vuestra respuesta al Señor con vuestro sí, con vuestro *presente*.

Queridos ordenandos, después de haber invocado la intercesión de la Virgen María y de todos los santos, con la imposición de las manos y la Oración de Ordenación, recibiréis la dignidad del Presbiterado para *celebrar los misterios de Cristo, según la tradición de la Iglesia, especialmente en el sacrificio eucarístico y en el sacramento de la reconciliación, para gloria de Dios y para la santificación del pueblo cristiano*. Seréis, pues, transformados en Él y vuestra identificación con Cristo alcanzará una profundidad tal que os convertiréis en instrumentos vivos de su obrar. Cualquier ministerio que se os confíe, deberá ser siempre el de un ministro de Cristo Jesús, como si vuestra persona desapareciese frente a la suya porque Él obra en vosotros y por medio de vosotros. ¿No decimos acaso que el sacerdote es *alter Christus* y que actúa *in persona Christi*? Este es el camino hacia la santidad que debéis reemprender cada día en la humildad, en la obediencia y en la caridad, para que vuestro ministerio y vuestro obrar correspondan con vuestro ser. Los hermanos y las hermanas que encontraréis esperan de vosotros este testimonio de vida. *Nunca os dejéis desanimar por vuestras deficiencias o por los desafíos del ministerio. Si permanecéis disponibles al Señor en la oración y perseveráis ofreciendo la compasión de Cristo a vuestros hermanos y hermanas, entonces el Señor colmará vuestros corazones de la reconfortante alegría de su Espíritu Santo* (Cf. Papa Francisco a los sacerdotes y religiosos de Bangladesh, O.R. 3.12.17).

Al término del rito de ordenación, os entregaré la patena y el cáliz y os diré: *Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor*.

Este es mi deseo para todos ustedes, que se transforma en oración y que expreso de corazón. Que la Virgen María, Reina de los Apóstoles, os tome de la mano y os acompañe en cada momento de vuestra vida, en vuestro servicio a Jesús y a su Iglesia.